

SUMA Y SIGUE EN ARGELIA

Hace ya muchos años, el gran teórico del nacionalismo integral, Charles Maurras, dijo que en Francia existía un «país legal» y un «país real» opuestos entre sí. Los recientes acontecimientos de Argelia llevan a completar esa fórmula en el sentido de que Francia es además un «país metropolitano» y un «país ultramarino», dándose la circunstancia de que el «país legal» coincide casi exactamente con el primero, en tanto que un sector sustancioso del segundo y, en términos generales, el Ejército, que se afana en la «pacificación», se enfrentan con aquél, como lo ilustra la insurrección allí registrada.

El antecedente formal de la que se inició el 24 de enero pasado fué la declaración del general De Gaulle de 16 de septiembre de 1959. Se ha admitido generalmente que ese sentar el principio de la «autodeterminación»¹ fué hecho con vistas al exterior y, señaladamente, por lo inminente de una nueva discusión en la O. N. U. de la cuestión de Argelia². Todo lleva a suponer que el general De Gaulle, que está más allá de la O. N. U., de la O. T. A. N. y de cualquier organización u organismo que estorbe su personal apreciación de la política francesa, no paró mientes

¹ «Diario de Manhã», de Lisboa, hizo observar que sólo puede «autodeterminarse», es decir, elegir, el individuo o la nación libres, soberanos. Luego la Declaración de 16 de septiembre de 1959 fué un reconocimiento implícito de la independencia de Argelia y de la no soberanía de Francia en ese territorio. Creemos interesante citar las palabras que a este respecto escribió en 1957 el actual presidente del Consejo francés, M. Michel Debré: «... Sepan todos los argelinos que al abandono de la soberanía francesa en Argelia es un acto ilegítimo, es decir, que coloca a aquellos que lo cometan, y a quienes se conviertan en sus cómplices, fuera de la ley y que los que se opongan al mismo, cualquiera que sea el medio empleado, en estado de legítima defensa.»

² Ver *Política Internacional*, núm. 45-46, 1959: Antonio Massía-Martín, «La declaración de 16 de septiembre de 1959 del general De Gaulle».

en este aspecto del problema que Argelia plantea a Francia. En rigor, la declaración de 16 de septiembre, más que la expresión de un pensamiento político largamente incubado por el Jefe del Estado francés, se impone como una solución empírica para salir de un mal paso. Incluso cabe pensar que ya estaba virtualmente en su ánimo cuando el movimiento carente de un asomo de auténtica cabeza política del 13 de mayo de 1958³, creyó barrer a la IV República y sus veleidades abandonistas llevándolo al poder. Una simple consideración de las ideas expresadas por el general De Gaulle sobre Argelia, lanzadas al socaire de sus discursos sobre la asegurada grandeza de Francia bajo su égida, es muy reveladora a este respecto. Es más, se puede afirmar que lo único que ha evolucionado en el general-presidente desde su famoso «Os he comprendido», dicho al pueblo euro-argelino en junio de 1958, es el sentido político. La experiencia le ha mostrado que las cosas realizadas por sus pasos contados tienen muchos visos de alcanzar la meta, en particular cuando ello se combina con una propensión a la ambigüedad y al acertijo que alza una cortina de humo entre la acción gubernamental y los gobernados⁴.

La cortina de humo sistemáticamente utilizada por el general De Gaulle desde que asumió el poder, merced al levantamiento de los llamados «ultras» de Argelia, por un lado, y, por otro, con la venia y el apoyo del Partido socialista francés, sufrió un desgarrón el 16 de septiembre. Ello permitió ver con más precisión un propósito de entrar en negociaciones con el F.L.N. Los menos agudos entre los defensores de la «Argelia francesa» así lo barruntaban con acierto, desde que el general De Gaulle había dado muestras inequívocas de no incluir la tan traída y llevada «integración» ni en su vocabulario ni en su programa político. De ahí que, pese a los cautelosos y tenaces esfuerzos del general De Gaulle para desarticular un movimiento cuyo común denominador era la «Argelia francesa», no pudo exponer lo que creía ser «su» fórmula de política argelina sin tropezar con dificultades. Las diversas agrupaciones u organizaciones que, apalancándose en ese principio intangible, derrocaron a la IV República, acentuaron desde el 16 de septiembre una actitud de recelo, iniciada, por supuesto, no bien llegó al poder el actual presidente de la nación vecina⁵. Y no tar-

³ Serge Bromberger, *Les 13 complots du 13 mai*, París, 1959.

⁴ Ver *Política Internacional*, núm. 41, 1958: Carmen Martín de la Escalera, «El viaje de M. Debré o sin novedad en Argelia».

⁵ Un «Comité d'Entente», disuelto a primeros de febrero del año en curso, agrupaba y coordinaba los movimientos nacionales siguientes: *Le Rassemblement pour*

daron en sacar las conclusiones prácticas que se imponían, aprestándose a hacer una que fuera sonada, con el propósito de cortar al general De Gaulle el camino de la negociación bajo la amenaza de un nuevo 13 de mayo. El incidente Massu no fué más que la cerilla acercada al barril de pólvora. Mas no hay paisaje de la vida que los ojos vuelvan a contemplar en la andadura humana. Otro tanto cabe decir del paisaje político, que jamás se repite.

En efecto, parece incuestionable que, en enero de 1960, el panorama de la oposición a cualquier otra fórmula que no fuera asentar a Argelia sobre la base del aplastamiento de la insurrección nacionalista argelina y su integración a Francia, había sufrido una sensible modificación. En primer término, al año y medio largo de estar el general De Gaulle rigiendo los destinos de Francia y proseguirse, día tras día, la «pacificación», había cundido una especie de desencanto y fastidio en la opinión de la masa metropolitana, que esperaba de él la rápida solución al problema argelino. Sin embargo, si poco después de su regreso el general De Gaulle hubiera logrado imponerse al nacionalismo argelino, como se había impuesto en Francia, esa misma masa hubiera celebrado que Argelia se mantuviera francesa. Que el propio general De Gaulle y sus adictos creyeran que, también en este caso, podía cumplir su misión de salvador, lo demuestra el hecho de que el Referendum y las elecciones de noviembre de 1958 se hicieron considerando a Argelia como parte de Francia. Pero lo que en definitiva ha sido el fracaso de las grandes operaciones lanzadas el pasado verano contra la insurrección argelina⁶ y el peso que supone para Francia

l'Algérie Française y el *F. N. J. F.*, presididos por el profesor Lambert; *L'Union Chrétienne et Musulmane d'Alger et du Sahara*, de M. Lopinto; *Le Mouvement Populaire du 13 mai* (M. P. 13); *Le Mouvement pour l'instauration d'un ordre corporatif*, del doctor Lefèvre; el *Front National Français (F. N. F.)*, de M. Joseph Ortiz; *l'Association Générale des Etudiants d'Algérie* y el *Mouvement Nationaliste Etudiant*, presididos por M. Susini; *Assistance et Protection*, presidido por M. Féral; el *Mouvement Poujade* (M. Goutallier); *l'Association Générale des Etudiants et Lycéens des Collèges d'Algérie* (M. Léger); *L'Union Royaliste*, de M. Palmont; *l'Association des Elus d'Algérie et du Sahara*.

⁶ Las cifras de los partes oficiales sobre nacionalistas puestos diariamente fuera de combate causan cierto pasmado asombro, habida cuenta de la guerrilla practicada por el F. L. N. Muestran, en todo caso, que el nivel bélico de la «pacificación» no ha descendido en estos últimos meses, pese al cierre de fronteras y a la aplicación del llamado «plan Challe». Tampoco esa ofensiva ha colocado a Francia en posición de fuerza para iniciar negociaciones, como es probable que esperase el general De Gaulle.

ese problema vivo, que no deja al general De Gaulle toda la libertad de acción que estima necesaria para moverse en el plano internacional, le han llevado a modificar oficialmente su presunta posición de defensa de la «Argelia francesa». Los hechos evidencian que no tuvo nunca perfil de dogma para él. De ahí que a lo largo de año y medio de ejercicio directo o semidirecto del poder, el general De Gaulle haya ido soltando lastre, como el aeronauta de un globo, a fin de remontarse al cielo de su concepto de la grandeza de Francia.

A este respecto, es de recordar que uno de los primeros actos de gobierno del general De Gaulle fué ordenar a los militares que se retiraran de los Comités de Salvación Pública, de los que formaban parte desde el 13 de mayo. Se excusa subrayar la trascendencia de la medida, no sólo destinada a deslindar lo militar de lo político, sino a cortar una opinión activa de un apoyo indispensable para el logro final de sus propósitos. Por otra parte, durante los meses en que el general De Gaulle desempeñó la jefatura del Gobierno, con el refuerzo de los plenos poderes⁷, se multiplicaron los cautelosos cambios de destino, los ascensos y las reorganizaciones, merced a los cuales las personalidades administrativas y los jefes militares menos dúctiles o más definidos políticamente se vieron desconectados del ambiente de Argelia, ello con la evidente intención de desmontar la organización montada al otro lado del Mediterráneo. A pesar de lo cual no se arrió la bandera de la «Argelia francesa» que rebasa, creemos, los límites de un *slogan* para ser exponente de una filosofía política. Es precisamente la contrapuesta a la que el general De Gaulle ha sustentado desde hace veinte años⁸. Ello explica por qué el general De Gaulle no aceptó ser llevado oficialmente al poder por el solo movimiento popular del 13 de mayo, sino que esperó a ser legalmente investido por los poderes legales de la IV República, que lo nombró su heredero en su lecho de muerte.

Esta precaución le ha permitido y permite, cuando lo tiene por conveniente, hacer hincapié en la legalidad republicana, de tanto arraigo en el pueblo francés que se ha convertido para él en una especie de «fe arras-

⁷ «El pueblo francés es, por naturaleza, el más opuesto al poder personal. En ningún momento hubiera sido posible imponerle uno», escribía M. Jacques Soustelle en su obra *Envers et contre tout*, tomo II. Napoleón I, Napoleón III y el general De Gaulle, señaladamente, son mentis rotundos a la afirmación.

⁸ En 1946, M. Léon Blum, secretario general de la S.F.I.O., escribía: «El que ha ayudado más eficazmente a Francia a recobrar sus instituciones democráticas, se llama, precisamente, el general De Gaulle.»

trada», es decir, en algo que se cree, pero que no influye realmente en la conducta. En la última semana del pasado enero, el apoyo popular al defensor de los principios republicanos fué una de las bazas que en su mano tenía el general De Gaulle. De la otra baza, el Ejército de Argelia—que es la casi totalidad del Ejército francés—, hay que consignar bajo este vocablo la existencia de tendencias no todas convergentes hacia el jefe del Estado francés, aunque normalmente estén todas ensambladas por la disciplina castrense. Ello acarreó en el punto de partida de la insurrección del 24 de enero una neutralización del Ejército, hecha de clara simpatía o de benévolo quietismo. Porque, como quedó patente, no hubo sector, ni unidad, ni grupo de ese ejército dispuesto a tomar por asalto las barricadas, ni a organizar una matanza en regla de franceses, por muy «ultras» o «fascistas» que fueran..., como no lo hubo decidido a colocarse junto a los atrincherados en la Facultad y edificios y calles adyacentes, como sucedió el 13 de mayo ante el movimiento de violenta protesta contra los gobiernos de la IV República. Las manifestaciones de simpatía hacia los insurrectos de Argel y otras ciudades de Argelia por parte de las unidades de paracaidistas, e incluso los casos de ayuda positiva prestada por oficiales o grupos armados, no alteran sino episódicamente un comportamiento general de sujeción más o menos amargada a la disciplina militar, combinada con un cierto «wait and see» que, prácticamente, resultó ser adhesión a los poderes públicos, aunque fuera en forma pasiva. En efecto, ese permanecer el Ejército a la expectativa animó a los partidos de izquierda y a los sindicatos para desplegar un celo pro-gubernamental y pro-gaullista que, de momento, ha favorecido y fortalecido al general De Gaulle más en lo exterior que en lo interior, por supuesto.

Tal vez lo haya favorecido tanto que el fiel de la balanza en que cree estar el general De Gaulle, muy pegado de su papel de árbitro supremo de la compleja realidad política francesa, se ha inclinado insensiblemente hacia un sector de Francia que, en año y medio, se ha repuesto del susto y confusión que sembraron en sus filas los sucesos de 1958 y que se envalentona además con el próximo viaje de Jrushev. Nos referimos a los diversos partidos de izquierda, completados por los sindicatos, que a favor de los acontecimientos de enero han esbozado una reconstitución de Frente Popular sobre la base del común denominador del «antifascismo» y la defensa de las libertades republicanas. Así, durante una semana que planteó a Francia una interrogante que estimamos ha sido exagerada, el general De Gaulle fué ensalzado, elogiado y animado por una masa que,

en junio de 1958, sólo a regañadientes lo vió volver al escenario de la política francesa. La adhesión a la política del general De Gaulle por parte de Mendès-France, airadamente opuesto a él hasta ese momento, es muy significativa. Y también la del Partido comunista, hasta ahora tan opuesto a todas las iniciativas del jefe del Estado, que denunció la propuesta de «autodeterminación» como una maniobra neo-colonialista⁹. También alabanzas y apoyos halló el general De Gaulle en amplios sectores de Francia, vagamente derechistas o vagamente izquierdistas, en realidad deseosos de que los dejen sestear una vez asegurado su bienestar presente y futuro.

Ante esta reacción metropolitana, que alcanzó una unanimidad raras veces lograda en Francia—el país del mundo donde la opinión sobre cualquier punto está más atomizada—, la insurrección de Argel, que tuvo un eco más o menos atenuado en otras ciudades argelinas—señaladamente en Orán—, cobró perfil de particularismo regional, de hecho político sí, pero circunscrito a un territorio ultramarino y limitado por añadidura al sector civil y europeo de la población. Porque la inhibición del Ejército acarrió el apartamiento casi absoluto del pueblo musulmán de esa insurrección. Cierto es que tampoco se logró movilizarlo en favor del general De Gaulle. Cuando se logró—como en Constantina—, la manifestación de adhesión derivó hacia un singular desasosiego de las huestes invitadas a pronunciarse en favor de la Francia personificada por el general De Gaulle, al extremo de que algunos independentistas creyeron llegada la hora de «autodeterminarse» sin más formulismos.

A estas consideraciones es preciso agregar que, en 1958, la coalición de los euro-argelinos y el Ejército, para encauzarse hacia algo constructivo y no demasiado revolucionario, halló un nombre—que es más que el hombre—detrás de la carcomida fachada de la IV República. En 1960 no había nada fuera de una solución de tipo dictatorial. Su mera evocación hace tocar el cielo con las manos no sólo a los izquierdistas—los hay perfectamente adaptables a una dictadura—, sino a los sectores habitualmente amorfos, pero amamantados en una cierta idea de la libertad de la que quieren conservar la ilusión o la etiqueta, aun cuando los hechos ponen de manifiesto que la preparación artillera del Referendum, las elecciones y la elaboración de una nueva Constitución han permitido al infante De Gaulle asaltar con méto-

⁹ Dado por la U. R. S. S. el visto bueno a la «autodeterminación», el P. C. F. se apresuró a reconsiderar y rectificar el error cometido y su incorrecto análisis de la situación.

dos propios la sacrosanta morada de la democracia liberal de corte francés e instaurar un régimen autoritario que calla su nombre.

En tales condiciones, el intento de la minoría europea de Argelia estaba abocada a un lamentable desenlace. Salvo en el caso de excepciones individuales—como MM. Bidault y Soustelle, señaladamente—, o colectiva—cual la del Partido independiente de Roger Duchet—o desconectada, pero de escasa eficacia—por ejemplo, la de los 350.000 franceses repatriados del Africa del Norte—, la metrópoli se revolvió contra esos aguafiestas que pretendían entorpecer una política con visos de poner un término al problema de Argelia, el cual, entre otros motivos por el de la proximidad geográfica, es más sentido y vivido por los franceses que el de Indochina.

Estimamos innecesario relatar, aun sucintamente, los episodios del duelo entre la metrópoli y la fracción europea de los súbditos franceses de allende el Mediterráneo, en el que fué el auténtico árbitro de la situación el Ejército, y no el general De Gaulle. La prensa ha recogido al detalle las incidencias de un episodio de la lucha entre dos conceptos políticos y sus respectivos afines. Todo el patetismo de una querrela de sordos al borde de una sima se dió en esos días, en que también se registraron sucesos que resultan un tanto absurdos para el observador foráneo. La insurrección iniciada con el trágico tiroteo del 24 de enero, que causó 27 muertos y unos 150 heridos, concluyó con la rendición sin pena ni gloria, después de una semana de intensa actividad política en torno a los sitiados voluntarios que habían suscrito en pro de su pronto fracaso al colocarse a la defensiva frente a un ataque que jamás habría de llegar para hacer de ellos héroes o mártires. Pero los insurrectos estaban a la expectativa de la reacción del Ejército que, a su vez, se mantuvo expectante. El discurso que el 29 de enero lanzó por las ondas el jefe del Estado, tan traído, llevado y jaleado por la propaganda, no fué, en nuestra opinión, decisivo para el previsible desenlace de la insurrección, que ya había empezado a arriar velas al decretar el cese de la huelga general, por lo demás insostenible de modo indefinido. Antes que a los llamados «ultras» o al país, estaba dirigido a un ejército plenamente consciente de que él era el meollo del problema aparente y espectacularmente planteado por los insurrectos parapetados detrás de sus barricadas. Por ello las únicas seguridades sobre las modalidades de la «autodeterminación» fueron aquellas que podían dar alguna satisfacción a un ejército moderadamente dispuesto a comprobar que ha desempeñado en Argelia—como hace unos años en Indochina—, el amargo papel de peón de brega que prepara con su sacrificio la faena chapucera de los políticos.

El Ejército dió por buenas esas seguridades que, es evidente, reforzaron los recelos del nacionalismo argelino, y la insurrección pudo inscribirlas en el saldo favorable de aquellas jornadas. Por otra parte, amparándose en la situación amenazadora para las libertades republicanas, todos los sindicatos (C. G. T., F. O. y C. F. T. C.) hicieron el 1.º de febrero una huelga masiva de una hora, destinada a sostener al jefe del Estado llevado al poder—¡oh ironía!—por aquellos mismos que discutían su política con las armas en la mano. Del discurso del presidente De Gaulle retuvieron el aspecto «autodeterminación», como el Ejército recogió el de «condiciones previas» para aquélla. Es decir, que el general De Gaulle, una vez más, logró obsequiar a cada sector en pugna con la ilusión de que conseguía lo que deseaba, aun sin dar nada tangible. Porque la «autodeterminación», por la que clama parte mayoritaria de la opinión francesa, no está todavía a la vista, y porque el darse las condiciones de pacificación para que Argelia se «autodetermine» ha de significar forzosamente el repliegue del Ejército francés. Dicho en otros términos, las perspectivas de futuro son en Argelia tan confusas como lo fueron siempre.

Desbrozado por ahora el camino, la gran tarea del gobierno francés ha sido aprovechar las circunstancias para tomar medidas destinadas a coartar la oposición nacionalista a la política del general De Gaulle. Esta ha podido ser tanto más fácilmente descabezada cuanto que no ha dado muestras de contar con una auténtica cabeza, en particular frente a un país donde tiene su asiento una democracia que es una amalgama de aspiraciones confusas, a la vez utilitarias y sentimentales, que todas ellas y cualquiera que sea su matiz, se derivan de los «inmortales principios» de 1789¹⁰.

El 2 de febrero se convocó el Parlamento en sesión extraordinaria. Se trataba de solicitar los plenos poderes para el presidente De Gaulle, hasta el 1.º de abril de 1961 y en virtud del artículo 38 de la Constitución, con lo cual el presidente de la V República apenas si tiene algo que envidiar a un monarca absoluto o a uno de los dictadores que excitan la indignación del pueblo de Francia. Mientras, la detención de los cabecillas de la insurrec-

¹⁰ En el mismo Ejército, la tendencia ademocrática o «fascista», parece ser minoritaria, siendo la predominante la de buscar apoyo en las clásicas derechas, que hay que distinguir de la extrema-derecha con visos fascistas. «La proporción de "fascistas" por temperamento en el Ejército francés está evaluada al 10 por 100 del mismo, sea, poco más o menos, la misma proporción que para el elemento civil», según J. R. Tournoux, en *Secrets d'Etat*, pág. 185, Plon, París, 1960.

ción, el envío a unidades combatientes de sus seguidores¹¹, los cambios de destino de jefes militares, de algunos oficiales y de funcionarios, se lleva a cabo sin dilaciones, con gran algaraza de la izquierda, que reclaman más energía y celeridad, olvidosa del viejo consejo de que «cuando las barbas de tu vecino veas pelar, echa las tuyas a remojar». Porque nada autoriza a desechar la posibilidad de que el general De Gaulle vuelva a colocarse en el fiel de una balanza inclinada hacia la izquierda por los recientes acontecimientos. Ello puede incluso hacerle rectificar a retaguardia su línea política argelina. Y también buscar en los sentimientos nacionalistas de otros sectores franceses un apoyo para su política de orgullo nacional, deseoso de dotar a Francia de medios propios de defensa y de echar su cuarto a espada, en igualdad de condiciones, en los cubileteos de los «Grandes».

Concedidos los plenos poderes por una Asamblea con aplastante mayoría gaullista, el proyecto fué ratificado en el Senado por 225 votos contra 39. Rendido culto a la legalidad republicana, se procedió a una reorganización del Gobierno, que fué en parte un cambio en el desempeño de las carteras y, en parte, una ocasión para echar por encima de la borda a elementos que no fueron estimados totalmente adictos a la política del general De Gaulle, como fué singularmente el caso de M. Soustelle, posteriormente excluido del U. N. R.¹².

El tiempo es oro, sobre todo en circunstancias de gran tensión pasional. El 4 de febrero, una Comisión constituida por los ministros de Justicia, del Interior y de la Defensa se desplazó a Argel. Se trataba de que cada cual tomara en el terreno de su respectiva competencia las medidas pertinentes para «poner nuevamente orden» en la desmandada y desdichada Argelia. El ministro de Justicia ya llevaba en el bolsillo una revisión del Código Penal

¹¹ El entusiasmo de la juventud de Argelia para sustentar su punto de vista frente al levantamiento armado, no se desprende de los porcentajes de aplazados para cumplir el servicio militar, según datos estadísticos secretos de la Defensa Nacional, citados por J. R. Tournoux en su citada obra *Secrets d'Etat*: 1954, región parisina, 11, 8; región del Norte, 6, 1; Argelia, 15, 8. 1958, región parisina, 11, 8; región del Norte, 10, 7; Argelia, 25, 5.

¹² M. Guillaumat, ministro de la Defensa, es relevado por M. Messmer, Alto Comisario en el A. O. F.; M. Terrenoive sustituye a M. Frey en Información, siendo destinado este último al Ministerio de Relaciones de la Comunidad. M. Soustelle es arrojado a las tinieblas exteriores de la muerte política. Sus funciones serán desempeñadas por M. Guillaumat (Energía Atómica) y M. Lecourt (Sahara y Departamentos de Ultramar). El ministro de Correos y Telecomunicaciones pasa a ser M. Maurice-Bokanowski.

en materia de atentados a la seguridad del Estado, aprobada en Consejo de Ministros. En cuanto a MM. Chatenet y Messmer, su tarea ya estaba preparada por el Delegado general, M. Delouvrier, que, con anterioridad a su llegada, había considerado la reforma de las estructuras administrativas, en particular la devolución a las autoridades civiles de muchas de las atribuciones transferidas a la autoridad militar. En Argelia no es nuevo este desplazamiento del centro de gravedad de lo político-administrativo. Desde 1830, su historia no ha cesado de tener un movimiento pendular entre lo civil y lo militar, del que es ejemplo típico lo sucedido al instaurarse la III República que puso término al «régimen del sable» en vigor durante el II Imperio. Las decisiones adoptadas recientemente no significan, pues, una auténtica novedad, pero sí merece destacar que están en la línea de la ortodoxia democrática, que aboga en favor de la supremacía del poder civil, teórica emanación de la voluntad del pueblo. Por otra parte, la reorganización de la policía no se limitará al cese de su Jefe superior, el coronel Godard, sustituido por M. Aubert. Se prevén numerosos traslados a la metrópoli y el envío de personal idóneo metropolitano, voluntario o forzoso, ello combinado con la reorganización, previa disolución, de las Unidades Territoriales (U. T.)¹³. Radio Argel tampoco escapa a la actividad reorganizadora de París, y el personal sospechoso de simpatías hacia la insurrección será sustituido.

Pero allí donde las medidas de «remise en ordre»—es la fórmula adoptada—se llevan con mayor rigor y atención es en el aspecto militar de la cuestión. En primer término, la proyectada reorganización del Estado Mayor implica singularmente que la Jefatura Superior del Ejército de Argelia tenga su sede fuera de Argel, para mantenerse a salvo de contactos con una población civil susceptible de «politizar» a los elementos militares. El cese del jefe superior, general Challe, se da por descontado, aunque la decisión, se dice, ya estaba tomada desde hace tiempo. De hecho, sólo unos veinte oficiales han sido sancionados y tres generales (Faure, Gribius y Mirambeau) han cesado en sus destinos sin comentarios. Pese a no haber sido sancionados pública-

¹³ Las U. T. fueron creadas por el general Chérières, jefe de uno de los movimientos que tomaron parte en el 13 de mayo. Rápidamente las U. T. comprendieron 22.000 reservistas bajo el mando del coronel Thomazo, otro elemento activista del 13 de mayo. Fuera de las horas de servicio (cuatro días al mes), las armas de los «territoriales» estaban depositadas en los ayuntamientos o gendarmerías. Estas U. T. funcionaban con cierta autonomía respecto a la autoridad militar, al estilo de una milicia.

mente, es evidente la relación de causa a efecto, como lo es también en el caso de varios otros jefes del Ejército de Argelia. Pero bajo el manto de la «reorganización» en estudio han de producirse numerosos cambios de destino, regresos a la metrópoli y nombramientos de oficiales metropolitanos a Argelia. Aunque el movimiento se verá forzosamente limitado por lo menguado de los efectivos militares estacionados en el Continente, se pone de manifiesto el deseo de modificar la fisonomía de un Ejército que, así lo entiende al parecer el Gobierno francés, ha rebasado la etapa de automático cumplimiento de las órdenes y desea ser tenido eventualmente en cuenta en las decisiones políticas relativas a Argelia. El que esta eventualidad se produzca o no, depende en parte de que el general De Gaulle se cuide de hilar muy fino en su política argelina y, en parte, de que se pueda reorganizar el Ejército de Argelia sin hacerle correr el riesgo de una parálisis, por falta de elementos capacitados para sustituir a los sospechosos de anticonformismo. Como se ve, es algo angosto el terreno de maniobra.

En este orden de ideas es de gran trascendencia la supresión acordada en 10 de febrero del «5ème Bureau» o base operacional de la guerra psicológica, al que se reprocha haber ejercido una acción sobre los elementos más activos de la población de origen europeo. Si se recuerda que los servicios dependientes del «5ème Bureau» tenían una amplia gama de actividades aplicadas a la masa musulmana (formación de elementos destinados a asumir responsabilidades municipales o administrativas, equipos médico-sociales, orientación de la juventud, etc.), se desprende que el suprimirlos implica una reconsideración a fondo de todos los supuestos y métodos de «pacificación».

Coronando esta labor de poda destinada a que París otee más fácilmente el horizonte, hay que señalar el proyecto de elecciones cantonales¹⁴, que han de celebrarse entre el 15 de mayo y el 15 de junio. Al parecer, en el ánimo del general De Gaulle esas elecciones han de acelerar la creación de instituciones democráticas, que desea instaurar antes de que se reúna en París una Conferencia de la Mesa Redonda para discutir con los elegidos el porvenir de Argelia. ¿Qué representarán los elementos procedentes de unas elecciones celebradas antes de que reine la paz total que siga al alto el fuego, condición *sine quo non* en 16 de septiembre y según el general De Gaulle para abordar la «autodeterminación»? ¿Qué papel le co-

¹⁴ El «canton» es una división territorial intermedia entre el municipio y el distrito. Sirve de base para las elecciones del Consejo General, similar a la Diputación Provincial.

responderá desempeñar al Ejército en las mismas? Es de presumir que si es uno semejante al que tuvo en ocasión del Referendum y de las elecciones de noviembre de 1958, no sea precisamente el «alto el fuego» el que se logre, aunque los resultados alcanzados en ambas consultas podían dar a pensar, a la vista de las cifras, que el nacionalismo argelino no pasaba de ser un mito. *E per si muove...* ¿Serán consideradas válidas por el F. L. N. y el M. N. A. unas elecciones con supervisión del Ejército francés, que no cesa de creer en la posibilidad de una «Argelia francesa», aunque tal vez ésta discrepe un tanto de la que reclaman los sectores civiles euro-argelinos? La respuesta huelga, como huelga subrayar que si el sector combatiente ni tiene ni voz ni voto en las elecciones, sigue teniendo armas que, por cierto, no están ociosas desde principios de año en su sempiterna guerrilla. ¿No serán acaso estas elecciones un método dilatorio para que el general De Gaulle, tomado el pulso al Ejército en su proyectado viaje a Argelia, pergeñe una fórmula que a todos engañe, pero cuya aplicación no suscite tirantezas con ese Ejército que no está incondicionalmente a su devoción? Es probable que al general De Gaulle no se le disimule que desde ese 18 d junio de 1940 en que empezó a ser una especie de salvador profesional de Francia, han transcurrido veinte años. Estos han alterado sustancialmente la composición y la mentalidad del Ejército francés, aun tradicional de 1940, entre otros motivos porque las nuevas generaciones de oficiales, clases y tropas, y no pocos jefes, por su misma juventud y su duro vivir de ininterrumpidas luchas tristes, ya no son tan sensibles a las palabras y al prestigio de una gloria oficial de Francia, cuya trayectoria se inicia en el pasado merced a una grave indisciplina militar.

Como síntoma de una adecuación del general De Gaulle a circunstancias delicadísimas, se ha de consignar una decisión adoptada el 14 de febrero, la cual, curiosamente, no ha sido objeto de comentarios ni de glosas. Sin embargo, tiende positivamente a renovar los métodos políticos de la metrópoli con relación a Argelia. Nos referimos a la creación de un Comité de los Asuntos Argelinos presidido por el propio jefe del Estado y constituido por el primer ministro y los ministros del Interior y de la Defensa Nacional. Se prevé la asistencia a las reuniones del Delegado general del Gobierno de Argelia, del general jefe del Estado Mayor Central, del secretario general de los Asuntos Argelinos, así como, siempre que sea posible, del jefe superior del Ejército de Argelia. Dotado de amplios poderes, ese Comité, que actúa al margen del Consejo de Ministros, pretende a la rapidez en la acción, aparte de acentuar, por supuesto, la tendencia presidencialista

del régimen. A raíz de esta innovación, la prensa francesa aireó cierto y confuso proyecto de federación argelina. En el mismo se apuntaba el propósito de agrupar el mosaico de poblaciones que habitan Argelia por minorías raciales o religiosas, ello partiendo de un artículo de M. Mollet de primeros de febrero, titulado: «De Gaulle m'a dit: ma solution pour l'Algérie: Etat Fédéral»¹⁵. Se precisaba que el general De Gaulle rechazaba la idea de «secesión», que estimamos ser equivalente a independencia, y que no retenía la de «francización», que corresponde a integración, para inclinarse por la tercera solución posible: el gobierno de los argelinos por los argelinos, lo cual implica, según el general De Gaulle, la existencia de un Estado argelino. «La idea de un Estado federativo en que quedaran asegurados y garantizados para el futuro... los derechos de las comunidades kabilia, árabe, chauia, mozabita, judía, francesa, se impone a la mente». No se sabe a ciencia cierta si se trata de una solución prevista para la segunda mitad del siglo XX o del «Reino Árabe» de Napoleón III¹⁶.

Por de pronto, la llamada «comunidad judía» ha tomado posición declarando que, desde el tiempo remoto de los albores de la III República, por obra y gracia de su correligionario Benjamín Crémieux, ya no hay judíos en Argelia, sino franceses. La posición de la comunidad francesa, tanto de origen como naturalizada, estimamos que ya ha sido ampliamente fijada. En cuanto al sector nacionalista de la comunidad musulmana, arbitrariamente fragmentada por el general De Gaulle, se ha expresado en tono moderado, pero firme, por boca de Ferhat Abbas el 17 de febrero en unas declaraciones difundidas por radio y dirigidas sobre todo a la población europea de Argelia. En ellas queda implícitamente rechazada toda fórmula de partición, todo federalismo y hasta cualquier asociación con Francia. «Argelia para los argelinos, cualquiera que sea su origen. Esta fórmula no es una ficción. Refleja una realidad viva, basada en la vida en común.» Y ello es cierto. Por desgracia, hay otras certezas que, por lo menos en lo inmediato, hacen poco viable el programa de futuro del jefe del G. P. R. A. Lo cual no descarta de modo absoluto y definitivo que, pasado el tiempo, pueda convertirse en realidad. Las guerras de religión enfrentaron ferozmente a los franceses entre sí. Pasada la borrasca, los dos bandos com-

¹⁵ La solución federativa no es una novedad. Ya había sido considerada en el Congreso Radical de octubre de 1955.

¹⁶ El proyecto de «Reino Árabe» estaba basado en el principio de las nacionalidades que traía a mal traer en Europa a Napoleón III.

partieron unidos un destino común. Y quién había de decir hace quince años que Francia y Alemania podrían ir amigablemente por el mismo camino...

De momento, esas declaraciones han caído como pedrada en ojo de tuerto a la población europea de Argelia, justamente indignada por un recrudecimiento del terrorismo desde principios de año y, además, llena de amargura hacia París, al que reprocha dar pábulo al nacionalismo con su política de concesiones paulatinas. Tampoco pueden ser estimadas como una aportación constructiva a los propósitos de paz del general De Gaulle, cualesquiera que sean éstos en último término y, señaladamente, si bajo la presión de los acontecimientos y las circunstancias, pretende jugar una carta que signifique un retroceso con relación a su declaración de 16 de septiembre de 1959. Porque el nacionalismo argelino—en particular el F. L. N.—no da señales de querer cesar en su papel de criada respondona y, además, armada y nada dispuesta a soltar las armas por un voto sin la garantía de que tendrá lugar la «autodeterminación» ofrecida en condiciones ventajosas para él. Lo cual inclina a pensar que, atenazado el general De Gaulle entre dos fuerzas que lo empujan en direcciones opuestas, Francia habrá de seguir avanzando otro poco por el camino de una «pacificación» cuyo término no cesa de aplazarse.

A la larga, esta circunstancia pudiera ser generadora de nuevas tormentas, habida cuenta de que la oposición a la política argelina del general De Gaulle, momentáneamente amordazada, se mantiene viva, lo que deja a aquélla un portillo abierto a la esperanza o a la realidad de una nueva acción. La actitud neutral, pero llena de reservas mentales, del Ejército en la reciente coyuntura, alienta tal esperanza. Sin embargo, aun cuando el poder—es una hipótesis que estimamos muy remota—llegara a ser detentado por representantes civiles o militares de la tendencia «Argelia francesa», no se vislumbra la posibilidad de que los hechos respondan a la voluntad de que esa tierra siga siendo francesa, al menos bajo el signo de una vinculación política. Entre los partidarios de la «Argelia francesa» y los de la «Argelia independiente», más aún que un río de sangre y de lágrimas, hay una diferencia en las horas que marcan sus respectivos relojes. El desembarco aliado paró el reloj de los de la primera. Se creyeron que había sonado la hora del *statu quo ante*. En cambio, aceleró las agujas del reloj nacionalista, que por cierto ya tenía cuerda. Es el nacionalismo el que está a la hora mundial. Tal vez no sea la que conviene más al mundo occidental, pero la ha señalado la victoria aliada, que fué la de una cierta inter-

SUMA Y SIGUE EN ARGELIA

pretación de la democracia. Y la lógica de la democracia, en particular frente a la dialéctica marxista, exige la libre elección por los pueblos de su propio destino, y de su gobierno, sus gobernantes y sus instituciones políticas por la mayoría. A partir de la victoria aliada, se ha iniciado una nueva era en las relaciones entre los pueblos. Argelia no puede permanecer a salvo de una de las múltiples consecuencias del hecho de que haya sido esta filosofía política la que saliera triunfante de la II Guerra mundial. Pero, ¿puede asegurarse que no hubiera salido también malparada Argelia con la victoria del bando vencido?

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

